

EL ACCIDENTE

La noticia se la dio el gerente de la fábrica junto con el permiso para que pudiera trasladarse a la Cruz Roja. Tenía que ser algo grave, no un simple accidente como él lo dijo. Bastante experiencia tenía en cuanto a los permisos para salir durante las horas de trabajo. Ni cuando el casero los iba a lanzar de la vecindad donde vivía, ni cuando su esposa tuvo a su tercer hijo se los concedieron.

Cuando llegó al hospital ya todo había concluido. A la niña la recogieron todavía con vida en el lugar del accidente. Ni la sangre que se le transfundió ni la magnífica técnica quirúrgica pudieron salvarle la vida. El golpe dado por el automóvil y la caída al ser lanzada por éste sobre el pavimento, le produjeron diversas fracturas y estallamiento del hígado. Matilde, la niña muerta, era su preferida. Le quedaban otros tres hijos, todos varones.

Su pena y su furia los descaró primero contra su mujer por haber permitido que la niña saliera sola. Golpeó al hijo mayor por no haberla acompañado. Después del entierro pasó dos días encerrado en su cuarto bebiendo sin cesar hasta quedar dormido. Ahora habría que buscar al

EL ACCIDENTE

verdadero culpable, al que huyó dejando el cuerpo ensangrentado de su hija igual que a un perro al que se atropella.

Interrogó a todos los vecinos del lugar del accidente, la mayoría conocidos suyos. Después de darle el pésame cada uno dijo lo que sabía o recordaba. Un carro grande de color gris fue el que la atropelló, lo conducía un joven con melena. No, fue un carro verde, probablemente un Datsum que a toda velocidad golpeó a la menor. Una mujer era la que lo manejaba. El automóvil se transformó en varias marcas con distintos colores, el conductor o conductora eran personas jóvenes y viejos, con lentes y sin ellos. Jamás coincidieron dos versiones.

Recorrió calles y calles buscando automóviles que tuvieran alguna abolladura. Raro fue el que no la tuvo. Acudió a la policía que no le pudo dar ningún dato. Diez millones de capitalinos, pensó, y alguno de ellos es el asesino. Pero quién. De los diez millones solamente un millón sabrá manejar, la cuarta parte de estos serán los que tengan auto. A las once de la mañana, en que fue el accidente un ochenta por ciento de ellos estaría en su trabajo. La cifra se redujo considerablemente. Pero qué importaba si eran cien mil o simplemente diez. ¿Cómo localizarlos?

El odio por el hombre se fue transformando poco a poco por un odio intenso contra el automóvil. Un auto fue el que atropelló a su hija. Ya no fue

EL ACCIDENTE

un ser humano el asesino, ahora el asesino era el coche. Contra él dirigió su saña.

Pacientemente fue limando un grueso desarmador hasta convertirlo en un estilete. Noche a noche salía de su casa y se dedicaba a clavar su arma contra las llantas y marcar profundos surcos en las carrocerías. Dobló antenas de radio, desprendió limpiadores, rompió espejos y vidrios. Venganza estéril pero venganza al fin.

Los primeros días llevaba a cabo la destrucción con verdadera furia. Sólo cuando el cansancio era intenso regresaba a su hogar. Después se volvió metódico. Cinco autos por día.

Quedó paralizado al leer en el periódico que otra niña, de sólo seis años de vida, hija única, había muerto al atropellarla un auto que conducía una anciana al perder el control por la ponchadura de una llanta. Al revisar ésta encontraron los inspectores que había sido picada momentos antes por un picahielos o algún instrumento parecido. El accidente fue a las ocho de la noche. El había estado en ese lugar cinco minutos antes.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1999